

Las máquinas enfermas

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

El autor completó este libro con el apoyo de una beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Alberto Chimal, *Las máquinas enfermas*

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-8393-376-3

Depósito legal: M-16633-2025

IBIC: FYB

© Alberto Chimal, 2025

© De la ilustración de cubierta: Virgil Finlay

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2025

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Alberto Chimal

Las máquinas enfermas



ÍNDICE

La madre del dragón	13
Incidentes fatales revelan inteligencias	27
Habló por los profetas.	39
En esta vida sobran cuerpos	53
Manifiesto del dron	63
Las máquinas enfermas.	71
Lili.	101
Variación sobre un tema de Poe	133
El sueño del héroe.	137

*A Raquel, quien es parte
de la inteligencia natural*

Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo. ¡Obedece!

Mary SHELLEY, *Frankenstein*

LA MADRE DEL DRAGÓN

SUPE DE UNA CLASE para aprender a escribir a mano. El curso se impartiría en una casa de cultura, una reliquia medio en ruinas, de una ciudad cercana. Las sesiones serían una vez por semana, antes del grupo de cocina para solteros y después de la clase de baile hawaiano. Me apunté.

Escribir a mano es muy difícil. Los dedos duelen mucho al principio. Se forman callos. Nunca voy a entender cómo hacían los niños en las escuelas del pasado. La mayor parte de quienes entraron al curso se salió antes de terminar, y quienes se quedaron eran sobre todo gente muy mayor, que había aprendido a hacer aquello en la infancia y luego había perdido la costumbre.

Eran lo que yo estaba buscando. Personas nostálgicas, sin muchos años por delante, ansiosas por creer que sus vidas podían ser más amables, más «al modo de antes». Tal como esperaba, las más tenaces de aquellas personas deseaban escribir no solo por darse el gusto de hacerlo, por

comprar papel y plumas bonitos y costosos, dibujar alguna frase bonita y luego enmarcarla y colgarla de una pared..., sino para «crear cosas».

Es decir, LITERATURA.

En especial querían hacer poemas. En la antigüedad se hubiera dicho que deseaban hacer escritos sentimentales, cursis, y que su idea de la poesía (y en general de la LITERATURA) era diminuta y grosera. Pero yo no juzgo. Cada quien hace lo que su tiempo y su lugar le permiten.

De hecho, todos mis compañeros eran fanáticos de Sari Tejedor, la *influencer* humana que redacta a mano sus frases inspiradoras y muestra su proceso creativo, trazo a trazo, en las redes sociales. Era ella por quien deseaban escribir algo hermoso y hacerlo a mano. La moda actual de esos instrumentos y materiales antiguos se debía a Sari y a un puñado de otras celebridades.

Su influencia se notaba también en que los textos de mis compañeros, además de simples y melosos, eran casi siempre breves: «de corto aliento», como se decía en otras épocas. La única excepción: un muchacho que, por misterios de su propia vida, deseaba hacer «crónicas» de partidos de fútbol. Entendí que serían largos diálogos, similares a lo que dicen los locutores mientras el partido está sucediendo. Él era una persona muy desorientada, muy sola en el mundo que le había tocado vivir. Como el resto del grupo, en realidad, incluyendo a la maestra. Únicamente era un poco más extraño que el promedio.

Yo, como siempre, andaba en busca de libros enteros. Grandes cantidades de texto, que cumpliera con el requisito de intentar comunicar una pasión, un pensamiento, una experiencia humana. Aunque no lo hiciera muy bien. Aunque se refiriera a alguna actividad sin interés alguno

para mí, como el comentario deportivo. Incluso un escrito así podía llegar a ser LITERATURA.

Por fortuna, de los ocho alumnos que llegamos hasta el final del curso, cuatro expresaron interés en escribir libros completos, y no me costó mucho trabajo convencer a otros dos.

Organizamos una reunión de fin de curso en un café bohemio, otra reliquia, donde músicos humanos (por supuesto) tocaban canciones viejas acompañándose con guitarras de madera. Allí hice creer a mis compañeros que ellos –durante las largas y aburridas sesiones de llenar hojas y hojas con la letra aaaaaaaaaaaaaa, la letra iiiiiiiiiiiiii, la letra pppppppppppp– me habían inspirado la idea de crear una editorial. Una empresa pequeña. Independiente. Para dar a conocer el trabajo que todos ellos estaban comenzando a hacer con sus propias manos, de ese modo tan bello y tan menospreciado.

Varios me preguntaron qué era una editorial. Tuve que explicarlo, y también aclarar que pensaba en una editorial «como las de antes», es decir, que se propusiera difundir contenido hecho de manera artesanal, por seres humanos.

–En un tiempo, todas las editoriales eran así –dije.

–¿En serio?

–Yo me acuerdo de eso –me apoyó un alumno.

–¿Y con eso se ganaba dinero?

–Sari Tejedor ya ha publicado dos libros de sus frases y ambos fueron *bestsellers* –arguyó la maestra.

–Pero Sari es Sari –replicó una alumna.

–Hasta antes de este curso –dijo otra, para apoyarla–, yo pensaba que Sari era el primer ser humano en escribir un libro.

–Bueno, hay que entender –dijo alguien más, en tono pedante– que los seres humanos somos lentos. La econo-

mía sufriría un retroceso si tuviera que moverse siempre a nuestra propia velocidad. Las empresas existen para hacer dinero.

Yo intervine para que la conversación no se descarrilara. Dije que no todas las empresas son iguales. Por ejemplo, agregué, mis prioridades eran otras. El primer día del curso me había presentado como un pequeño empresario, con éxito en una fábrica de helados sin azúcar, buscando hacer algo nuevo. Ahora agregué que el proyecto editorial que les estaba proponiendo tendría una lógica distinta: como no me importaba perder un poco de dinero, podía tratar de poner a los seres humanos por delante. Al menos a algunos de ellos.

—Quiero hacer pocos ejemplares de cada libro —seguí diciéndoles—, pero distribuirlos con mucho cuidado, para que lleguen a quien pueda apreciarlos. Y les repito: no haré sino libros generados por humanos. LITERATURA de verdad. Ustedes saben a qué me refiero. Lo han experimentado. Es posible llegar aún más lejos. Hacer libros auténticos, completos, de más personas. Porque todas tenemos una historia que contar. Y sin ninguna intervención ni coautoría ni *nada* de una inteligencia artificial.

—Las inteligencias artificiales no son inteligentes —dijo un viejo agrío de apellido Benítez, que llevaba diciendo lo mismo desde la primera clase.

—No, claro que no —le contesté.

—Cómo odio que la gente se haya dejado engañar por esa publicidad. El mundo entero se tiró de cabeza en la mentira, la moda. Y ahora no hay remedio.

—Bueno, señor Benítez —intervino la maestra. Sin embargo, él siguió un rato argumentando que ninguna de esas aplicaciones actuales tiene verdadera conciencia, que los

oligarcas de siempre las adoptaron porque era más fácil y barato –dejando sin trabajo a incontables personas honestas–, y que ni siquiera hoy han alcanzado una calidad por encima de la mediocridad.

–La gente no se queja –remató– porque tampoco sabe leer y a nadie le importa un carajo.

Después se calló y empezó a llorar quedito, mansamente. El muchacho del futbol se fue sin despedirse, pero pensé que no era una gran pérdida.

Por mi parte, aproveché la incomodidad general para seguir hablándoles de mi «nueva idea». ¿No se sentían mal a veces? ¿No les ayudaba escribir? Publicar lo escrito sería un acto de resistencia. Un acto pequeño, pero la dignidad humana no solo se gana en las victorias. También se puede retrasar un final, por ejemplo, o mantener viva una llama. Esa frase siempre funciona. *Mantener viva una llama*. La gente de cierta edad es la que más se conmueve porque el mundo la venció. Lo que está en su futuro es pura oscuridad. Yo no juzgo. Cuando sea viejo, también querré soñar con que pude hacer una última cosa buena que me sobreviva y contribuya a arreglar los males que me aplastaron durante mi propia vida, así como los que yo mismo cometí.

Llevo cuatro años usando la propuesta de una editorial entre personas como el grupo de escritura a mano. En el café bohemio les dije que se llamaría Inteligencia Natural. También la he llamado Humana Editora, Persona, El Estilo, La Paz de Estos Desiertos (esto es de un poema viejísimo, creo que de antes de la imprenta, ya no digamos de las IA), etcétera. Unas veces repito la mentira de que apenas se me ha ocurrido crearla; otras, que ya la tengo establecida y busco autores, humanos que aún mantengan la pasión por el lenguaje y por la LITERATURA.